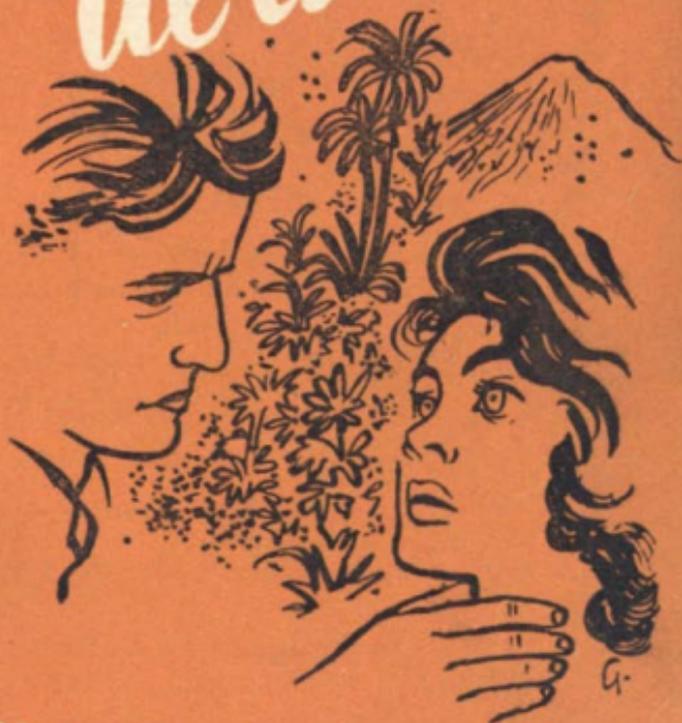


La NOVELA



del SABADO

Lluvia de arena



N.º 38

CLAUDIO DE LA TORRE

¡NO JUEGUE CON
EL PORVENIR
DE SUS HIJOS!



Protéjalos con un Seguro de Vida

que les garantice el logro de sus aspiraciones y un punto de apoyo para encauzarse definitivamente hacia el éxito en su vida.

Oiga

-como la voz de un amigo- el consejo del Agente de

LA "SUD AMERICA"

COMPANÍA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

(Inscrita en el Brasil con el nombre de "Sul América")

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA, PLAZA DE CANOVAS, 4
M A D R I D

Si desea recibir un folleto ilustrado sobre el Seguro de Vida, envíenos su nombre y apellidos, domicilio y edad de Vd. y de sus hijos.

Aprobado por la Dirección General de Seguros

A FATIMA Y LISBOA

Salida los 17 de cada mes
EN AUTOPULLMAN
8 días de viaje

VISITANDO:

OROPESA,
MERIDA (Circo Romano),

LISBOA

(Excursión a Es-
toril, Cascaes y
Cintra),

FATIMA,

COIMBRA,

CIUDAD RODRIGO, etc.

Precio desde 2.530 Ptas.

WAGONS-LITS//COOK

(A. V. G. A. T., 5)

Informes e inscripciones

Alcalá, 23, Calvo Sotelo, 14, Palace Hotel
o en cualquiera de nuestras agencias en
España



LITOLUX

PINTURAS
ESMALTES
BARNICES



Peñuelas, 42 - Teléf. 27 10 29

MADRID

POLVOS HIGIENICOS GALBER

50 AÑOS DE
EXITO CRECIENTE
SON GARANTIA
DE SU EFICACIA



© D. Calber S.A. - Madrid - España - 1950

© Copyright 1960, DuPont de Nemours and Company, Inc. All rights reserved. Dupont is a registered trademark of DuPont de Nemours and Company, Inc.



*Señora:
He aquí su
media Nylon
de alta calidad
elástica.*

*Y de precio...
nada caro!*

Bob

**PÍDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR
EXIJA ESTA MARCA EN EL SOBOL Y EN LA MEDIA**

ROBERTO ALVAREZ

LLUVIA DE ARENA

PROXIMO NUMERO

Los últimos de Filipinas.—Enrique Llovet.

ULTIMOS NUMEROS PUBLICADOS

21. Gran Turismo.—Francisco de Cossío.
22. Los revólveres hablan de sus cosas.—Antonio Mingote.
23. El crimen inútil.—Luis Antonio de Vega.
24. Doña Berta.—Leopoldo Alas "Clarín".
25. La tía Asunción.—Juan Antonio de Zunzunegui.
26. Memorias de un caza-dotes.—Francisco García Pavón.
27. Flora.—Elizabeth Mulder.
28. Cómo se casó Brañanova.—Armando Palacio Valdés.
29. ¡Bienvenido, Mister Marshall!—Bardem, Berlanga y Mihura.
30. Historia de "Farol".—Carmen Nonell.
31. La niña de la calle del Arenal.—Edgar Neville.
32. Un caballero desconocido.—Eduardo Marquina.
33. El secreto.—Mercedes Fórmica.
34. Dos corazones con ruedas.—Juan A. Cabezas.
35. La otra ciudad.—Elena Quiroga.
36. Los mejores cuentos de Navidad.—Fernán Caballero, Pedro Antonio de Alarcón, José María Pereda, Emilia Pardo Bazán, Enrique Menéndez Pelayo, Ramón del Valle Inclán y Jacinto Benavente.
37. El fin del mundo.—J. A. Giménez Arnáu.

Tarifa de suscripción a "La novela del Sábado":

A 12 números	68 pesetas.
A 25 "	138 "
A 52 "	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Editorial Tecnos., Valverde, 30, Madrid. Teléfono 22 20 37, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

CLAUDIO DE LA TORRE

LLUVIA DE ARENA



AÑO II

NUM. 38

Copyright by Claudio de
la Torre. Enero. II, 1954.—
Reservados todos los dere-
chos. Esta edición es pro-
piedad de LA NOVELA DEL
SABADO.

I

Sabemos que la ciudad de Granda está a la orilla del Atlántico, pero no sabemos aún que, tierra adentro, volvemos de nuevo a encontrar el mar porque estamos en una isla. Y en esta otra orilla, allá en el Sur, junto al océano profundo y en calma que en las tardes de verano tiene como un pausado respirar, está la vieja ciudad sanjuanera, azotada por los vientos de Africa.

San Juan tuvo su gloria y su riqueza. Fué cuna de ilustres patricios, como aun recuerda el periódico local. Fué centro de contratación del azúcar y de la cochinilla. Pero el viento debió de barrer todas estas grandezas, hacia finales del pasado siglo, porque hoy sólo quedan en pie unas cuantas casonas blasonadas. Sirven éstas en la actualidad, por lo común, dadas sus dilatadas dimensiones, como almacenes de tránsito para el embarque de frutos tropicales, nueva riqueza de la región. Así la ciudad parece recobrar otra vez dormidas energías, aunque la envuelve ese aire soñoliento que produce siempre el despertar.

Conserva sus álamos y su alameda, su cielo despejado y su silencio de tres siglos. Y si no cubren obispos las losas de la única nave de su iglesia, se lee en ellas con frecuencia algún que otro nombre latino

de fundador, lo que da a la paz del templo un cierto ambiente catedralicio.

Por la calle pasan los vecinos. Son siempre los mismos. Antes, en el siglo XVIII, las hojas de los álamos dieron sombra a los indianos, especie de ancianos taciturnos con arrugas de oro. Luego vino la química, el gran enemigo, y desapareció el más valioso de los productos naturales: la cochinilla. Y apenas repuesta la ciudad del golpe, empezaron de nuevo a formarse las tertulias con el refuerzo de los innovadores. Se habló entonces, por primera vez, del plátano. Pero los vecinos eran siempre los mismos: aquel señor del XVIII era este del XIX. Los demás no se daban cuenta porque eran los mismos también.

Sólo cambiaron, en los primeros años de nuestro siglo, la vida y las costumbres de don Eusebio Ferro por circunstancias que no tuvo en sus manos remediar.

Fué el día de la Patrona o de San Pedro, mártir. El salón de la casa, decorado por los años y los caprichos familiares, tenía aquel día un empaque muy severo. Lucían más importantes el búcaro, el tapete, el piano silencioso. Sólo por el balcón abierto entraba el sol bullanguero de una fecha sonada. La casa se preparaba para celebrar el día, en previsión de las visitas que no faltarían, seguramente, a ver el paso de la procesión desde el balcón engalanado, con unos vinos y licores y unos platos de golosinas, que la doncella ordenaba sobre una mesa, vigilada por doña Berta y Clementina.

—¡Fíjate bien, Clemen! —decía la madre suspirando, sintiendo aún más aprisionado su corazón por el traje nuevo—. ¡Fíjate bien, no vaya a faltar alguna cosa! Tu padre me ha dicho que calculó lo necesario,

pero ya conoces a tu padre: dice que este año no vendrá tanta gente, que se irán a otro sitio a ver pasar la procesión. Todos los años dice lo mismo. Tiene el orgullo de su balcón y se complace en fingir que no le da importancia.

—¡Como si hubiera otro en la ciudad para un día como éste!

—Dice usted bien, señorita —intervino la doncella—. Por esta calle pasa todo el mundo. Hasta el Ayuntamiento.

—Naturalmente. En la procesión.

—Te tengo dicho —advirtió entonces la madre a la doncella— que no intervengas en nuestras conversaciones. Y ahora tú, Clemen, deja que te mire. ¿Estás contenta, muy contenta?

Clementina no respondió. Miraba ahora aquella góndola azul del papel de las paredes.

—Estás contrariada, ¿no es eso? La culpa fué de tu padre, ya lo sabes. Pensó que ningún día mejor que hoy para que vinieran a pedir tu mano. Yo hubiera preferido otro cualquiera. Se nos van a reunir demasiadas emociones en un día: las visitas, la petición, la función de gala de esta noche...

Clemen dejó de mirar la góndola y clavó los ojos en el suelo.

—Sí —murmuró al cabo—; ha sido una pena.

Doña Berta pareció entonces descubrir la presencia de su hija. La miró con curiosidad, se separó luego de la mesa y se acercó a Clementina, colgándose de su brazo como quien se prepara a andar un largo trecho. Fueron juntas hasta el balcón, alejándose de la doncella.

—No, eso no. No ha sido una pena. Hoy es un día de

alegría para todos. ¡Diez años de relaciones! Hora es ya de que os caséis y de que se terminen las habladurías del Casino: que sí te casas, que si no te casas... No, tu padre ha elegido muy bien. Hoy es el día a propósito para que se entere todo el mundo.

—¿Pero no te das cuenta? —repuso Clementina—. Este año vendrán más amigas que nunca, más visitas que nunca... y no para ver la procesión...

—Sino para enterarse, naturalmente. Todos los periódicos lo han publicado esta mañana.

Y doña Berta hizo un gesto amplio, como si leyera en el espacio:

—“Hoy, fecha de nuestra gran festividad, tendrá lugar la petición de mano de la bella y distinguida señorita...”

La entrada de don Eusebio en el salón, luciendo su chaqué, y medio envuelto en una bandera que se disponía a colgar en el balcón, interrumpió momentáneamente el diálogo de las dos mujeres. La doncella, impresionada con la vestimenta del señor, se retiró con los ojos muy abiertos.

—¡Pero hombre de Dios! —exclamó doña Berta—. ¿No has colgado aún eso en el balcón? ¿A qué estás esperando?

—¡Calma, mujer, calma! He estado arreglando las ventanas del servicio. No quiero que la servidumbre se figure que la desatendemos. ¿Qué? ¿Cómo van esos ánimos? —añadió dirigiéndose a su hija—. ¿Preparados ya para la ceremonia?

—Sí —contestó Clemen suspirando.

—Me desesperas, hija. ¡Cualquiera diría que te disgusta!

—¡No es eso!

—La chica está nerviosa —no pudo menos de aclarar la madre—. Date cuenta. ¡Demasiados acontecimientos en un día!

—Cuando pidieron a tu madre, en cambio —continuó don Eusebio—, no ocurrió nada importante. Recuerdo que hojeamos un calendario para elegir la fecha y sólo encontramos un eclipse. “¡Vaya por el eclipse!” me dijo tu abuelo. Y añadió luego una frase muy bonita sobre las hijas que se van.

La madre movió a un lado y a otro la cabeza, como si despejara la frente de recuerdos. Luego miró a Clementina.

—¿Cómo la encuentras con su traje nuevo?

Atareado con su colgadura, don Eusebio se había separado un poco del balcón, contemplando su obra, satisfecho.

—Eso, pregúntaselo a Roberto —murmuró distraído.

Pero fué entonces Clementina quien dijo una cosa extraordinaria que hizo volver al padre de su arrobamiento.

—Roberto no dirá nada, ni verá siquiera que tengo un traje nuevo. Me mirará a los ojos, pero sin mirarme, como siempre. A veces se me figura que lo que me mira es la boca.

—¡Clemen!

—No es eso, mamá —se apresuró a explicar la hija—. Eso... ya se le pasó. Desde hace un mes, cuando fijamos esta fecha, Roberto ha variado mucho.

El matrimonio cambió entre sí una mirada cargada de reservas.

—¡No se habrá arrepentido! —exclamó el padre—. ¡Cuidado, Clemen, hija mía! ¡Menuda plancha!

—No lo creo.

—¡Asegúrame que no se ha arrepentido... o quito la bandera!

—Me dice siempre que me quiere, pero yo sé que sufre. Lo veo.

—¡Me dejas atónita! Yo, la verdad, no había notado nada. ¿Y tú? —preguntó la madre a don Eusebio.

—Tampoco. ¡Excuso decirte si se arrepiente de la boda!

—¡No lo repitas, por Dios santo!

—Yo, que he pedido al alcalde que nos envíe la banda antes de salir la procesión...

—¿Por qué has hecho eso?

—Una pequeña serenata, ahí, bajo el balcón...

—¡Qué vergüenza! ¡El día de la Virgen!

Se había llegado a uno de esos momentos confusos de la vida familiar que tanto desesperaban a Clementina. Las palabras se cruzaban sin ton ni son. Clementina se decidió a presentar la batalla en toda regla.

—No os apuréis —dijo—. Nos casaremos. Estoy segura. Lo que pasa es que vosotros no nos comprendéis.

—¿Que no os comprendemos? —repitió la madre, subrayando el plural—. Pero..., ¿a ti tampoco?

—Tampoco. Le quiero, le quiero con toda mi alma. Sin embargo, cuando le veo, al sentir que se acerca, me entra como un dolor muy grande, como una angustia que no puedo explicar.

—Sé lo que es —afirmó don Eusebio—. Lo leí anoche en el periódico. Eso se llama histerismo. Se te pasará con el matrimonio.

Pero las mujeres ya no le ofan. Habían vuelto junto al balcón, al ángulo del piano, al rincón de las confidencias.

—Acércate, Clemen —decía ahora doña Berta—. Ven acá, hija mía. ¿Qué es lo que te pasa? A las madres hay que contárselo todo. Por grave que sea, aunque se trate de la honra; para eso están las madres. Confíesate conmigo. ¡Habla!

Se oyó la voz de don Eusebio:

—¿Es que quizá... habéis dado algún... mal paso?

—¡Padre! —exclamó Clementina, suplicante.

—¡Qué manera de hablar a tu hija!

—¡Mujer, yo...!

—Clemen, ¿habrá que adelantar la boda? —preguntó a su vez doña Berta, con más tacto.

Clementina miró a sus padres. Los dos lucían sus mejores galas. Doña Berta parecía más alta con su largo traje de raso color vino. Don Eusebio, de menor estatura que su mujer, no dejaba tampoco de tener cierta prestancia con su chaqué antiguo, de hacía unos veinte años.

—¡Cómo queréis que os abandone! —empezó diciendo Clemen—. ¡Tan bien como me encuentro yo en mi casa, entre mis recuerdos queridos, rodeada de tantas cosas de mi infancia, inolvidables! Veréis: el retrato del abuelo que está en el comedor parece que mira a todas partes...

—Siempre se metió en todo, no te extrañe —le explicó doña Berta.

Pero don Eusebio se sintió ofendido:

—¿Qué dices de mi padre? —preguntó.

—Perdona, hijo; estoy como ofuscada. Y luego, dirigiéndose a Clemen, doña Berta añadió: ¿De manera que sufrís con vuestros amores? En nuestros tiempos no era así.

—No, eran otros tiempos —aseguró el padre—: más románticos, más puros. El sufrimiento no existía sino en las novelas. ¡Qué buenos libros se leían entonces!

—Roberto la llama la época boba —murmuró Clementina.

—¿A qué?

—A vuestra época.

—¿Que Roberto llama época boba a nuestra época? ¿Y por qué, si puede saberse?

—No me lo ha explicado. El sabe que no necesita explicarme nada. ¡Habla tan poco, además!

—¿Conque habla poco, pero cuando abre la boca es el Evangelio? ¡Pues nos hemos lucido!

—¡Qué muchacho más extraño! —exclamó la madre, suspirando.

—Es muy inteligente —repuso Clemen—. Pero hay cosas que no se pueden explicar.

—Lo de la época, por ejemplo.

—Eso no. Otras más íntimas, más de uno. ¡Si supierais el terror que tengo con esto de mi boda!

Clementina rompió a llorar. La madre, sorprendida, no acertaba a encontrar palabras de consuelo. Don Eusebio pensó que su deber era afrontar, como padre de familia, situación tan delicada.

—¡Vamos, mujer, no llores! No es cosa de perder la cabeza y de que aparezcan los primeros invitados. ¡A ver un poco de ese vinillo aguado que preparamos anoche...!

—No, si ya pasó. No ha sido nada—repuso Clemen al cabo de un momento, secándose las lágrimas.

—Bien. Entonces explícate con claridad: ¿por qué sientes ese terror?

—En lugar de hacer preguntas indiscretas a tu hija—le aconsejó su mujer—, podrías llegarte al comedor a vigilar los refrescos.

—Pero es que yo quisiera saber...

—¡No insistas, hombre, no insistas! Luego te contaré todo. ¡Hazte cargo de la violencia de la chica!

—Está bien.

—¡Y no te vayas a manchar el chaqué, con lo distraído que eres!

—No, mujer, tendré cuidado. Me iré al comedor. ¡Pero sigo sin explicarme por qué Roberto tiene que llamar boba a una época que no es la suya!

Quedaron solas la madre y la hija. Había llegado el momento de la confesión.

II

Dofia Berta cogió una mano de Clemen y la apretó nerviosamente.

—¡Cuéntamelo todo!

—Sí, madre.

—¿Qué pasa entre vosotros?

—No sé cómo empezar...

—Yo te ayudaré.

Dofia Berta se apoyó en el respaldo del sofá, como si temiera que la ayuda prometida fuera un peso superior a sus fuerzas. Luego habló con voz apagada:

—¿Es algo de lo que pensaba tu padre?

—Sí.

—¡Hija mía!

—Pero no lo que tú piensas ahora.

—¡Respiro! —Y, luego, añadió más tranquila—: ¿De manera que no habrá que adelantar la boda?

—¿Para qué? —preguntó a su vez Clementina, ingenuamente.

Doña Berta la miró con orgullo. Estaba contenta de su hija. Después levantó los ojos hacia el techo. Todo le parecía más bello en aquel instante: la vida, el salón, el trozo de bandera que veía desde el sofá. En lo alto de la pared, entre las góndolas, flotaba una ampliación fotográfica de don Eusebio.

¡Ah, qué alegría la de aquella mañana inolvidable! Por la calle pasaban las personas conocidas de San Juan. La hora de la procesión se acercaba, y, camino de la iglesia, iban solteras y casadas, criadas y niños, todo un mundo recién planchado y reluciente, dispuesto a derretirse bajo al sol.

La bandera de don Eusebio era, sin duda, un éxito completo. Pregonaba la festividad del día, y, por el balcón abierto sobre la penumbra de la sala, adivinábase la dicha interior, la paz laboriosa de la familia.

—¡Al fin se casa Clemen! —parecían decir las miradas rápidas de las bellas transeúntes.

Todo era apresuramiento y regocijo: manos frías bajo el guante suave, y pies ardiendo con el recio charol. Se saludaban levemente los grupos al cruzarse, como cohibidos al reconocerse unos a otros con aquellas galas inusitadas. Clemen era el tema de conversación, si se detenían a hablar unos momentos.

—¿Has visto qué bien?

—¡Ya, por fin, se decidió Roberto!

Como el reloj del salón de los Ferro marcaba con bastante irregularidad todas las horas del día, aunque éste fuera el de la Patrona, doña Berta, que no se fiaba de su andar, apenas si atendía a la congoja de su

hija, pendiente de la marcha de un tiempo precioso que el reloj no le registraba.

—¡Abrázame mucho, muy fuerte! —le decía Clemen, sollozando—. ¡Como cuando era pequeñita! ¡Dime que vas a perdonarme, que no me vas a castigar en un rincón toda la tarde, ni me dejarás sin merendar!

—Pero, ¿qué dices, Clemen? ¿Por qué hablas así?— preguntaba la madre sin apartar la vista del reloj.

—Porque quiero volver a ser niña —respondía Clemen—. Porque era mucho más feliz. Y porque pienso también que vosotros erais más jóvenes entonces y me hubieseis comprendido mejor.

—Los padres lo comprendemos todo. A cualquier edad.

Clementina cesó de llorar, bruscamente. Estaba decidida a que su madre la oyera. Se arrodilló ante ella y le cogió las manos.

—¡Diez años! —le dijo—. ¿Me comprendes? ¡Diez años de humillaciones, de malos pensamientos, de disimulos mal fingidos! ¡Diez años horribles, que no puedo olvidar en estos momentos!

—¿A qué te refieres? —preguntó entonces doña Berta como si la escuchase por primera vez.

—A mi noviazgo —contestó Clemen con firmeza—. ¡Diez años interminables!

—Eso sí es verdad. Pero el chico se empeñó en estudiar una carrera. Había que esperar.

—No es eso. Yo hubiera esperado toda la vida.

—Entonces...

—Al principio me bastaba verle, que me mirara, para sentirme dichosa.

—¡El amor, eso era el amor! —exclamó doña Berta con aire de triunfo.

—Pero un día, al hablarle yo de mi cariño —continuó Clemen—, me dijo que eso... no era el amor.

—¿Cómo? ¿Que quererle no era el amor? ¡Si tu padre lo oyera!

—Me dijo que... eso... era una tontería.

—¡Pero ese muchacho debe ser un genio!

—No lo sé —murmuró Clemen.

—¿Y qué creía ese portento que era el amor?

—No puedo decírtelo.

—Me parece que tendré que llamar a tu padre —dijo doña Berta, iniciando un movimiento.

Clementina la detuvo y la hizo sentar de nuevo a su lado.

—No. Prefiero hablar contigo a solas. Tú eres mi madre y yo voy a casarme, ¿no es eso? Déjame concluir. El amor, por lo visto, es lo que nos tenéis prohibido.

—¿Qué?

—Necesité muchos años para comprenderlo. ¡Nos hemos pasado la juventud en una cárcel!

—¿Qué quieres decir? —le interrogó con voz severa doña Berta, empezando a rebelarse.

—Escucha. Y de nuestra desgracia, porque esa fué nuestra desgracia, vosotros habéis sido los culpables.

—¿Nosotros?

—Sí. Con vuestra presencia, con vuestra vigilancia, con vuestra educación, con vuestros escrúpulos, nos habéis robado diez años de vida, de juventud.

Doña Berta se incorporó con un penoso esfuerzo. Desde hacía rato se le clavaba sin compasión una ballena del corsé. No supo qué decir en el primer instante, mientras sentía el alivio de la nueva postura. Al fin comprendió que su hija esperaba algún comentario y, por ganar tiempo, lanzó una frase indagadora.

—¿Te das cuenta de lo que has dicho? Tú no puedes pensar así. Contesta.

—No lo sé, madre. Yo sólo siento el peso de esos

años llenos de sufrimientos, de hipocresías, de mentiras. ¡Nada de eso es el amor!

Clemen salió del salón precipitadamente y, en el pasillo, se cruzó con su padre. Este le preguntó:

—¿Habéis terminado ya? ¿A qué hora dijo Roberto que vendría?

—A las doce —contestó Clementina sin detenerse.

Don Eusebio consultó su reloj. ¡Ay, y qué mala espina le daba esta tardanza! ¡Como que ya eran las doce y media!

Le sacó de sus preocupaciones doña Berta al ponerle una mano en el hombro, gesto que él le había siempre prohibido por lo que aminoraba su autoridad de varón.

—Oyeme —le dijo la mujer—, pero sin mirar tanto el reloj. Me pones más nerviosa todavía.

—Te haré caso; no miraré el reloj, pero te advierto que este retraso me alarma. ¿No te parece que han llamado?

—No me parecé. No ha llamado nadie. Y es mejor así. Tienes primero que enterarte de lo que aquí sucede. Tu hija no está bien de la cabeza.

—¿Eh?

—El pollo ese nos la ha trastornado.

Don Eusebio se retiró con un gesto rápido las solapas del chaqué, señal indudable de enérgicas decisiones. No le faltó tampoco firmeza en la voz.

—¡Mujer, piensa lo que dices! Que yo le haya soportado durante tantos años, día por día; que no me haya explicado aún, en vísperas de casarlo con mi hija, de qué ha podido ésta enamorarse; que me siga pareciendo el tal sujeto, a estas alturas, uno de los seres más aburridos con que me he tropezado en mi vida... todo esto no puede hacer más que animarme a tirarlo por el balcón en cuanto llegue.

El matrimonio se dirigió hacia la alcoba. Era ésta

como el santuario familiar. Permanecía en la sombra durante el día, con las ventanas semicerradas, y guardaba así un frescor reconfortante. Sombra y frescor hechos para resolver los domésticos conflictos, los graves quehaceres que la vida introduce siempre aún en las casas bien cerradas.

—No sabes cómo sufre Clemen —dijo doña Berta, una vez acomodados en la penumbra.

—¿Es posible?

—Tú recuerdas que Roberto empezó su carrera al poco tiempo de ponerse en relaciones con nuestra hija.

—Lo recuerdo muy bien. Pasé unos días muy amargos.

—Tú siempre desconfiaste del muchacho. Pero al cabo reconociste la nobleza de sus intenciones: quería ser doctor.

—Ese fué mi consejo.

—¡Era entonces tan obediente! Pues ahora resulta que nos lo han cambiado.

—Mucho estudio, seguramente.

—Y se ha a'revido a decirle a Clemen, porque desde luego ha sido a él a quien se le ha ocurrido, que se han pasado la juventud en una cárcel.

—¿En una cárcel?

—¡Bueno, es un decir...!

—Pero no comprendo...

—¡Pues que está arrepentido!

—¿De qué?

—De las relaciones.

—¿Qué?

—¡Y lo peor es que Clemen también lo está!

—¡No! ¡Eso sí que no! ¡Nuestra hija no puede arrepentirse!

—No me lo ha podido decir más claro.

—Pero... ¿de qué pueden estar arrepentidos, después de tantos años?

—Pues de eso —concluyó la madre—: de haber perdido el tiempo.

Y se levantó dando un suspiro, como quien se dispone a enfrentarse con la adversidad.

Don Eusebio, al ponerse también en pie, comprobó que había engordado con los años. El chaqué se le ceñía como una funda estrecha. Buscó el pañuelo por hacer algo, por comprobar hasta qué límite le estaban prohibidos los movimientos. Llevaba el pañuelo en el bolsillo alto, el de la izquierda, amortiguándole los latidos del corazón. Ni lo tocó siquiera. Se llevó la mano al nudo de la corbata. Este otro movimiento no era tampoco necesario, pero la tirantez de la manga en el codo le confirmó sus sospechas. Suspirando también, profundamente, miró a su mujer.

III

Por la calle engalanada venían Roberto y la tía Aurelia hacia la casa de los Ferro. Les acompañaban durante largo rato las miradas de los transeúntes.

Roberto era un muchacho pálido, con frecuencia silencioso, de aspecto añorado. Se le animaban los ojos al hablar, pero hablaba muy poco. Todo él quedaba siempre en sombra, en un segundo término de la vida, allá donde los seres se vuelven recuerdo. Su tía Aurelia, de unos sesenta años bien llevados, vestía desde la juventud una moda estrafalaria, como una antepasada cualquiera. Apoyada en el pasado, había renunciado siempre a sus contemporáneos. Se sentía más segura, así, sin avanzar.

—Venimos retrasados —dijo al entrar en el salón

de los Ferro, como si disculpara también su llegada a la tierra.

Afuera, en la calle, sonaron los acordes distantes de una banda de música.

—Pero se les recibe con todos los honores, hasta con música —comentó doña Berta, festivamente.

La tía lo aclaró en el acto.

—Es la procesión que se prepara a salir.

—¿Tan temprano?

Se sentaron los tres en silencio y, al cabo, se reanudó la conversación.

—No hemos podido llegar antes. ¡Cómo están las calles! ¡Ningún año ha habido tanto forastero!

—Mi marido saldrá en seguida. Ya usted le conoce. Un día como el de hoy es para él un jubileo.

—¡Qué me va usted a contar! Mi difunto hermano, que en gloria esté, es que no paraba el día de la Patrona. Desde la víspera encargaba los petisús.

—Nosotros también. Es lo más seguro.

Volvió a hacerse el silencio de nuevo. Doña Berta miraba con inquietud las puertas de la sala, como si presintiera, tras ellas, un oculto drama. La tía suspiró.

—Al venir nos hemos encontrado con el señor obispo. ¡Qué calor va a pasar en la procesión! ¡Como no se nos ponga malo! Aunque éste dice —agregó señalando a su sobrino— que la mañana va a terminar en agua.

Por fin se abrió una de las puertas y entró Clemen. Miró a Roberto, pero no dió un paso más. Apenas contestó a la tía, que la saludó con un gracioso movimiento del abanico.

—¿Qué? ¿No os saludáis? ¿Os da vergüenza? —preguntó la madre a los novios en su afán de animar la

escena—. Nosotros miraremos a otra parte, ¿no es eso?

—¿Adónde? —interrogó doña Aurelia, bien dispuesta.

Roberto se acercó a Clementina. Se sentaron en el sofá amarillo, debajo del espejo grande. Allí habían hablado la primera vez.

—¿Conque te has decidido a venir al fin?

—Sí.

—¿A pesar de todo?

—Sí.

—No sé si alegrarme. A veces me parece que te quiero mucho todavía. A veces te miro como a un desconocido. ¿Eres tú, realmente, mi novio? Han pasado tantos años, que apenas si lo recuerdo.

—Yo, en cambio —respondió él iluminándosele los ojos—, es lo único que no he olvidado: cuando nos hicimos novios. Hoy hace diez años. Tú entrabas en la iglesia. Llevabas un sombrero rosa y el sombrero de tu padre en la mano. Yo pensé: ¿dónde estará su padre?

—Se había adelantado a tomar agua bendita.

—Así fué. Cuando volvió hacia ti con la mano extendida, me pareció que era yo que iba a ofrecerte mi mano. Entonces te miré. Tú bajaste los ojos y entregaste el sombrero a tu padre. Aquella noche, en el paseo, te pedí relaciones.

—Me dijiste: “Ya la vi esta mañana en la iglesia.” Y yo te contesté: “¡Ah! ¿Pero estaba usted?”, y me puse muy colorada.

—Aquello me decidió.

Clemen y Roberto se estrecharon con fuerza las manos. Tenían allí, cogidos con los dedos, diez años de recuerdos.

Don Eusebio irrumpió en la sala con los faldones

del chaqué al viento. Al fin se había desabrochado. Era la única solución.

—¡Mi querida señora! —exclamó saludando a doña Aurelia—. ¿Cómo van esos ánimos? —Pero luego añadió, gravemente, dirigiéndose a Roberto—: Hay que alegrar esa cara. Créame usted, pollo: estos instantes son únicos... y luego pasan.

Y dando un nuevo giro a los faldones, que describieron una curva airosa, volvió a dirigirse a la tía.

—Tenemos que reñir a los chicos. ¿Qué le parece? ¡Cualquiera diría que van a casarse! En nuestra época —y subrayó la frase— éramos más alegres.

—No puedo asegurarlo.

—¡Claro! ¡Como que no se casó usted! Pero yo sí me casé. Y Berta. ¡Y muy contentos que estábamos!

—Cada uno se divierte a su manera —intervino la madre con exquisita diplomacia—. Es cuestión de carácter.

—Mi sobrino es muy tranquilo. Sólo le he visto nervioso una noche en que se nos incendió un hornillo.

—Pues en esos casos —murmuro don Eusebio, rencorosamente— es cuando hay que tener serenidad.

—Dejemos en paz a Roberto —volvió a decir doña Berta, alarmada ante la acritud de su marido—. Clement —agregó con su voz dulce—, ¿queréis pasar a la salita y aguardar allí a que se os llame?

Clementina sonrió.

—Vamos —le dijo a Roberto—. Van a hablar de nosotros, de nuestro porvenir, de nuestra vida... ¡Les ilusiona tanto...!

Entraron en la salita. Aun oyeron al pasar ante el grupo la última broma familiar.

—¿Serán de fiar? —preguntaba la madre, jovialmente.

—Así lo espero —aseguró la tía.

La salita era una pequeña estancia decorada en tonos rojos, para diferenciarla del salón dorado, al que se unía, formando realmente una sola pieza, por un motivo arquitectónico de palmeras en arco. Desde el salón se vigilaba perfectamente, pero los novios podían hacerse la ilusión de gozar de una mayor libertad, sin salirse, sin embargo, del campo visual de doña Berta.

Se sentaban siempre allí, en el diván antiguo, junto a la mesa en que descansaba el álbum familiar de los retratos. Era un libro enorme lleno de rostros antiguos, de personajes farásmales. A Clemen le impresionaban mucho, pero Roberto sentía, en cambio, una marcada predilección por ojear aquellos muertos. Esto le producía a doña Berta un íntimo alboroto. Estaba muy orgullosa de los suyos.

Roberto, sentado muy junto a Clementina, colocaba el álbum sobre las rodillas de los dos. Con una mano pasaba las hojas despacio, como si meditara sobre la fragilidad de las cosas humanas, y con la otra, debajo del álbum, subía poco a poco el traje de Clementina hasta tocarle una rodilla. La media era muy fina, de hilo puro, más tersa que la piel. Luego, con la punta de los dedos, llegaba hasta la carne, por encima de la media. Los muslos de Clementina tenían un calor virginal, como una cierva recién nacida.

Clemen cerraba los ojos, sin moverse, pendiente del desfile de sus antepasados. Le parecía oír el viento que bajaba de las montañas, y hasta el lejano rumor del mar. Oía apenas lo que Roberto le decía. De vez en cuando, éste le señalaba en el álbum un rostro de mujer, como descubriendo un parecido, lo que producía a Clemen un rubor inexplicable. Le tranquilizaban más las caras de los viejos, con sus barbas cansadas, hartos ya de la vida. Luego sentía, fugazmente, una ilusión disparatada, algo así como si la

tierra se le ofreciera en dos mitades para saborearla por dentro, para descubrir las raíces de los árboles, para tirar su corazón, allí, donde los ríos saltaban sobre el mar.

Roberto se despedía puntualmente a las once del reloj del salón, que eran las diez y media. Y aquella media hora que nunca pasaron juntos fué para Clemente, a lo largo de los años, un tiempo soñado y lleno de sucesos increíbles, alucinantes... Lo medía y lo soñaba de nuevo, ya en su cama, agotada al fin, cuando las manos del hastío empezaban a cerrarle los ojos.

Pero aquel día de la petición pudieron sentarse en un nuevo rincón de la salita, casi ocultos por un biombo, fuera de las miradas de los mayores. Estos, en el salón, tenían ya bastante de qué ocuparse. Don Eusebio estaba contrariado.

—Parece ser —había dicho la tía— que no vendrá nadie esta mañana. Las amigas aseguran que se ve mejor la procesión desde el Casino.

—¿Pero quién ha dicho eso?

—No hagas caso —le aconsejaba doña Berta—. Ya tú sabes lo que sucede en el Casino. No se ve nada. ¡Como se asoma todo el mundo! Un año quiso éste comprobarlo —continuó dirigiéndose a la tía—. Nos fuimos allá, y era tal la aglomeración de gente que sólo vimos al Divino Pastor, que pasa el último.

—Lo supe. Fué hace unos tres años. ¡Y poco que se comentó en los billares...! Mi sobrino Roberto, precisamente...

—Eso es: hablemos de Roberto...

Pero el padre insistió:

—Antes quisiera yo saber por qué han decidido nuestras amigas...

—Ha sido un rasgo de delicadeza —explicó la tía—. Puede que vengan al fin. Pero, por lo pronto, nos han dejado tranquilos, si es posible estarlo en estos casos.

—¡Pues hay delicadezas que no me explico!

—Decía usted que Roberto... —insistió de nuevo doña Berta en su afán de concretar la conversación.

—Jugaba entonces al billar —explicó doña Aurelia—. Por cierto que ha perdido esa afición.

—¡Qué lástima! ¡Tan sana!

En la salita, amparados por el biombo, Clementina y Roberto permanecían abrazados. Clemen sentía en el cuello la respiración jadeante de su novio. De vez en cuando éste ensayaba a subirle el traje, como cuando miraban el álbum, pero ella se resistía. Echaba de menos el libro, la noche y el diván antiguo. Porque así, a la cruda luz del día, no iba a enseñarle las piernas...

Roberto la miraba con ojos suplicantes, de animal herido. Balbuceaba unas palabras ardorosas. Pero Clemen sentía por instantes una invencible repugnancia. Recordaba los ojos de los pescados en la cocina de su casa, turbios, inmóviles, paralizados al perder el agua... Roberto movía los labios como si fuese a dejar de respirar.

—Hablemos de lo nuestro —propuso doña Berta en el salón.

—A eso he venido —declaró la tía.

—¿De lo nuestro? —interrogó a su vez el padre—. ¿Y qué queda por hablar? A estas cosas, a mi juicio, se les da una importancia que no tienen.

—Le diré a usted...

—¿Es que ocurre algo?

—¿Qué puede ocurrir?

—¡Nada! —repuso don Eusebio señalando a su mujer—. Es que ésta sigue preocupada por una conversación que tuvo con Clemen. Para mí que no entendió a la chica. Parece ser que se quejaba de Roberto.

La tía arqueó las cejas.

—No se quejaba de su novio —aclaró doña Berta—,

sino de nosotros. Lo oí muy bien. Seré una tonta; pero por primera vez, después de muchos años, he sentido ganas de llorar.

—No me habías dicho nada.

—¿Para qué? Son penas de mujer. Sólo una madre las comprendería.

—Perdóneme usted —agregó la tía—: yo las comparto.

—Gracias.

—No sé qué decirte —resumió don Eusebio—. Para mí que las dos habéis exagerado. Roberto se ha portado muy decentemente.

—¿Pero alguien lo dudaba?

Callaron los tres mirando hacia la salita. En la línea divisoria, bajo el arco de las palmeras, habían surgido Clementina y Roberto como dos estatuas. Intensamente pálidos los dos. Clemen dió un paso vacilante, como el que deben de dar las estatuas al dejar su pedestal.

—¿Qué es eso, Clemen? ¿Qué te pasa?

—¿Qué sucede?

—¡Un momento, padre, un momento! —dijo la muchacha con voz entrecortada—. No hace falta que sigáis hablando.

—¿Cómo?

—Yo no me caso con Roberto.

—¿Lo ves? ¿Qué te decía? —gritó la madre, victoriosa.

—¿Qué estás diciendo?

—Que yo no me caso con Roberto —repitió Clemen. Y luego, con voz más firme, añadió: Roberto ha querido estrangularme.

Tres gritos simultáneos hicieron temblar la sala.

—¿Eh?

—¡Roberto ha querido estrangularme! ¡Que se marche en seguida!

Las mujeres empezaron a llorar.

—¡No es posible! ¡No es posible!

—¿Estás loca?

Pero don Eusebio se había lanzado como un tigre a las solapas de Roberto.

—¿No oye usted a esta insensata? —le preguntaba zarandeándolo—. ¿No oye lo que dice?

Roberto inclinó la cabeza, abatido.

—¡Ah! ¿Conque es cierto? ¿No lo niega usted? ¿Y para eso ha venido su señora tía a contarnos que ya no juega usted al billar?

Le dió un fuerte empujón al soltarle. Roberto lo aprovechó para salir apresuradamente de la estancia. Pero, enfurecido ya don Eusebio, sin control de la situación, sin respetar siquiera los movimientos que el chaqué le permitía, gritó descompuesto a las góndolas de las paredes:

—¿Qué es lo que le detiene entonces, señor mío, para salir de esta casa inmediatamente?

—¡Por Dios, cálmese usted! —le suplicaba entre llantos la tía—. ¡Si ya se ha ido!

—¡Cálmate, sí, cálmate! —suplicaba también la madre—. ¡Nada de escándalos!

—¡Qué vergüenza! ¡Roberto, hijo mío!

Y doña Aurelia salió detrás de su sobrino, al tiempo que entraba la doncella anunciando entusiasmada:

—¡Señora, señora: ya están ahí las visitas para ver la procesión!

—¡Pues que se asomen por la cocina! —decretó don Eusebio.

En la calle, bajo el balcón, empezó a oírse la se-

renata. Atronaba el espacio aquella banda tan modesta. El alcalde había cumplido su palabra. Clementina repetía, tapándose los oídos, desesperada:

—¡Esa música! ¡Que se calle esa música!

IV

Daban las siete. El crepúsculo de verano terminaba de prisa, recogía los reflejos dispersos, como guardando inquieto sus decoraciones. Era un crepúsculo roto, acelerado, confuso. Grandes bandas negras cruzaban el cielo tachando los últimos colores. El agua de la lluvia estaba tibia, untuosa.

Los vientos cambiaban en la isla frecuentemente, pero casi todos llevaban las aguas lejos, a perderlas sobre el mar, rociando apenas la ciudad de Granda, reseca como la piedra de un desierto. El viento del Suroeste sujetaba la lluvia sobre la isla.

El agua, desde hacía unos días, entraba por las azoteas de Granda, ásperas de calor, y caía en las calles, en las aceras, por los largos caños de tea, gárgolas primitivas, tiesas y agrietadas como huesos viejos. La ciudad, amedrentada, sorprendida por la lluvia, encerrábase en las casas. Resistía gimiendo la inundación bajo los anchos colgadizos, en los patios deformes de tierra y cantos, sin un mal desagüe para la sangría. Granda se transformaba; cubríanse las calles de cieno, acentuando los baches por la presión de las lluvias, y las fachadas de las casas destefían sus colores de verano. Mientras, el Suroeste, ya de despedida, arrancaba los últimos árboles de la ciudad, viejos laureles debilitados por la sed, inclinados poco a poco... Y nacía un nuevo peligro: el viento sur.

Clementina se acostó temprano. Oía que las olas

del mar chocaban con furia en las paredes de su nueva casa y hacían temblar el mirador de cristales. Estaba en Granda, en la capital. Allí la habían traído después del escándalo. Porque había sido un escándalo la ruptura de la boda. Pensaba, ya acostada, en su vieja casa de San Juan, sacudida a estas horas por el viento. El diván antiguo debía de estar aterido.

Despertó a la madrugada. El anuncio del alba eran las campanadas lentas y dormidas de la catedral. Oíalas muy bien, claras, próximas, a pesar de la distancia. La campanada grave, cada vez más violenta, cruzaba sobre la ciudad camino del Norte. Debía llegar hasta los lugares más distantes, a los pueblos del otro lado de la costa, apagando el canto de los gallos mañaneros y haciendo correr más pausadas las acequias.

Clemen respiraba trabajosamente. El viento empujaba las ventanas.

Amaneció un día turbio, revuelto, con una transparencia dañina. El desierto africano, a través de los mares, cubría la isla de arena. Era el peligro oculto, escondido allá lejos, apenas adivinado... Los ojos buscaban por el cielo, cada vez más cerrado, un claro de esperanza. Nuevos horizontes invadían el espacio. Pequeñas circunferencias de arena descomponíanse, superponiéndose, hasta formar múltiples columnas, como un inmenso templo oscilante. Las columnas ascendían vertiginosamente para caer luego sobre la ciudad, desmoronadas. La ciudad se enterraba bajo la lluvia seca.

Duró hasta el medio día. Las calles y las casas quedaron cubiertas por un manto amarillo. Los rayos del sol, tamizados por la arena, iluminaban la ciudad.

Clementina se levantó muy tarde. No salió en toda la mañana de la alcoba, atormentada por el ruido de

la arena en los cristales. A medio día, el silencio se extendió por la ciudad: un silencio de muerte, desolador. Las noticias de los campos arrasados, de las cosechas perdidas, bajaban de las montañas. Llegaban los hombres del interior, acosados por la fiebre, pálidos ante la amenaza del hambre...

La familia tuvo que trasladarse precipitadamente a San Juan. Don Eusebio lo ordenó aquel mismo día.

Llegaron al anochecer. Volvió a encenderse la araña grande del salón. Todo estaba en su sitio, intacto. Sólo los muebles tenían un calor extraño, húmedo. Por debajo de las puertas corría un aire cálido. Clemén divisó en la salita el álbum familiar, sobre la mesa, y huyó despavorida a su alcoba. Durmió mal aquella noche. Pero al día siguiente, por la tarde, se había extinguido el maleficio. Un cielo azul, por el balcón abierto, daba a la sala su luz habitual.

Don Eusebio, junto al balcón, leía un libro voluminoso. En el fondo, muy en el fondo de su conciencia, no se sentía del todo conmovido por los daños causados por el vendaval en el pueblo; pueblo hosco, poco amigo de don Eusebio, al que no le perdonaba fácilmente su condición de apacible rentista de la calle del Pino.

Su mujer entró en la sala con aire diligente.

—Ya está preparada la merienda —dijo.

—Desde que nos casamos —repuso don Eusebio, cerrando su libro—, por un motivo o por otro esta casa ha olido siempre a bienmesabe.

—Hoy no he hecho bienmesabe.

—¡Da lo mismo! La cuestión es celebrar el día: la Patrona, con vinos y ensaimadas. Las penas, con chocolate.

—No es que celebre nuestras penas. Es la costumbre.

Don Eusebio colocó el libro en su estante, suspirando:

—¡La costumbre! —añadió—. Mira: ojeaba precisamente este libro. No he podido leerlo. Se titula "Costumbres del mundo conocido". ¡Si vieras cuántas hay! Los chinos, los negros, los mahometanos... ¡Cada cual tiene las suyas! Y pensaba yo: ¡Si no hubiese tantas costumbres, no se escribirían estos libros!

—No empieces a divagar. ¡He hecho unos bollos!

—Me parece mal.

—¿Por qué?

—Bien está que Clemen reuna a sus amigas a mendrar, si has creído que hace falta... ¡Pero de eso a que hagas unos bollos...! Van a creer que no te importa lo que ha pasado.

—Al contrario. Lo que verán es que aun me sobran ánimos para defender a mi hija.

—¿Para defenderla? ¿De qué?

—De las malas lenguas. ¡Figúrate lo que habrán hablado sus amigas! ¡Cómo te llevaste la chica a la ciudad desde el día siguiente y nadie la volvió a ver en quince días!

—Si llegamos a recibir —aseguró Ferro—, no hubiesen parado las visitas de la mañana a la noche. Como cuando volvimos de París.

—¿Y te parece mal?

—No es lo mismo volver de París que ver a una hija desgraciada.

—¡Naturalmente!

—Por mucho que se traiga que contar. ¡No es lo mismo! El espectáculo de una hija que sufre le hace a uno enmudecer.

—No sé por qué has sacado ahora nuestro viaje —concluyó la mujer, dando un corte a la divagación—. Venía a decirte que Clemen se niega a recibir a sus amigas.

Clementina, en efecto, no tenía ganas de hablar con nadie. ¿De qué iba a hablar? ¿De su boda, de la ruptura, del escándalo? ¡Ya hablarían las amigas por su cuenta! Y por los codos. Las conocía muy bien. Le apetecía más quedarse en su cuarto sin ver a nadie, sin tener que sonreír siquiera. Su vida se le había roto en tantos pedazos que le costaba gran trabajo reunirlos. No encontraba en ella un sentimiento entero. Todo era a trozos, mutilado... Si pensaba en Roberto, tan pronto le parecía quererlo aún, como su recuerdo le inspiraba un tedio profundo. No podía siquiera comprender lo que sentía cuando pensaba en sus padres. ¿Los seguía queriendo? Una noche soñó que los asesinaba y despertó con el alma inundada de paz. Al día siguiente los vió ir y venir por la casa como si fueran unos seres indefensos, a los que ella, su hija, hubiese perdonado la vida. Pero otras veces, al recordar, sobre todo, aquella mañana memorable de la petición de mano, comprendía muy bien que eran ellos, sus padres, lo único que le quedaba del naufragio.

Tenía también algunos viejos recuerdos, anteriores a sus relaciones con Roberto, a los que se cogía desesperadamente en los instantes de vacío. A pesar de ser entonces casi una niña, recordaba los años aquellos llenos de sucesos imprevistos. Había estado una vez en un baile, en el casino de la capital, en Granda. Era su recuerdo más brillante. Estrenaba aquella noche sus diecisiete años recién cumplidos, y un tra-

je blanco de baile con unas flores azules muy pequeñas... ¡Aún veía las flores! El gran salón del Casino, con su techo pintado por el que volaban unos angelotes jugando con las nubes, cobijaba un mundo de maravilla. Grandes damas con pelucas blancas —queridas de amor por unos vistosos arlequines—, decoraban los frescos de las paredes entre doradas columnas. Estaba deslumbrada. La araña del salón era mucho mayor que la de su casa. Había un ambiente, una música, sobre todo una música, que le producía una alegría nueva, unas ganas sorprendentes de llorar...

Vió señoras muy guapas, iluminadas por sus joyas, fracs severísimos, imponentes uniformes de gala. Pero de todo este mundo, que ella nunca había adivinado en la soledad de San Juan, surgía ahora, entre las nieblas del recuerdo, un solo rostro. Era una cara juvenil, medio asustada, que la miraba con una sonrisa de indecisión, como si se disculpara de antemano. Sólo veía la cara, más pálida aun sobre el rojo vivo del cuello militar. Surgía a cada paso tras los hombros de las damas, junto a los largos bigotes de los caballeros. La veía saltar de un lado a otro del salón, siempre ante ella, como esas aves amaestradas que esperan la señal convenida para acercarse.

No hubo señal, pero sí se encontraron en el centro de la sala, bajo la araña grande, sofocados por la luz. Clementina vió una guerrera impecable. Tras la coraza de paño latía, indudablemente, un corazón. ¿Qué otra cosa, si no, significaba aquella mano fría que cogió la suya, y la voz, más bien grave, que la invitó a bailar?

Bailaron juntos toda la noche, porque el teniente Barrios era infatigable. Apenas hablaron. La música,

unos vales extranjeros llenos de poesía, se prestaba mucho para no hablar, para escucharla así, unidos por sus manos frías. Clementina, sin embargo, sentía de cuando en cuando un calor interior que la ruborizaba pasajeramente. El, entonces, la miraba con firmeza esforzándose en dar a su rostro la autoridad que le habían enseñado en la Academia.

Conocía muy bien sus propios sentimientos el joven militar. No conseguía explicarlos a satisfacción porque, indudablemente, el cuello del uniforme le ceñía la garganta de una manera cruel. Tosía con frecuencia, aunque de un modo imperceptible. No lograba hilvanar una frase entera. Pero así y todo, aun con medias palabras, Clementina llegó a comprender que su nuevo amigo se había enamorado. Le interesó profundamente la noticia, mucho más de lo que esperaba. Pero no se atrevió a hacerle la pregunta más importante: ¿de quién se había enamorado?

Poco más hablaron ya. El secreto quedó entre los dos, como la pista de un tesoro escondido. No se pronunció ningún nombre. Pero Clementina, de vuelta a su casa, pasó el resto de la noche sin dormir, pensando constantemente en el amor de su nuevo amigo, en aquella muchacha desconocida, sintiéndose dichosa por una felicidad que al parecer no le alcanzaba, pero que, sin embargo, le hacía también participar a ella, a Clementina, de una extraña ilusión...

V

La casa de San Juan tenía también su mirador de cristales. Cortaba una de las esquinas de la casa, que era la última de la calle del Pino. Desde el mirador

se veían un extenso valle, unas colinas al fondo y, tras las colinas, el mar. Era el rincón preferido de Clemen. Le gustaba, sobre todo, sentarse allí al atardecer, cuando empezaban a encenderse las luces del puerto lejano. Seguía el trazado de los muelles, con sus rectas iluminadas hacia el horizonte, y entre las sombras de la bahía llegaba a distinguir, al cerrarse la noche, las quietas hogueras de los trasatlánticos. Pero todo muy lejos, como un mundo en miniatura, fuera del alcance de su vida.

Antes del atardecer, en las horas calladas de la siesta, vió también desde el mirador, durante una breve temporada, un paisaje más humano. Allí estaba animándolo el teniente Barrios, erguido en su caballo blanco, dispuesto a conquistar el valle en caso necesario. Vendría, seguramente, a contarle su secreto —pensaba Clementina—; quizá le dijera el nombre de aquella chica...

Pero no hubo ocasión para la confidencia. Si el joven oficial se precipitó al enviarle unas cajas de bombones, que no eran por lo visto de la marca preferida de don Eusebio, o si doña Berta se alarmó ante la posible intimidad de su hija con un forastero, lo cierto es que desapareció del valle el caballo blanco con gran disgusto de Clementina, ya que nunca fueron buen presagio las retiradas.

Hubo aún otro intento a pie. Clementina, tras los visillos del balcón, vió que su nuevo pretendiente pasaba una y otra vez por la calle, mirando con desesperación hacia la casa. Eran las últimas consignas que preceden a la derrota, las últimas arengas inútiles al viento... Después no lo volvió a ver. Nunca más. Debíó de marcharse por aquel puerto distante un día cual-

quiera, precipitadamente, antes de que encendieran las luces.

Clementina se puso en pie. Recordó confusamente que iban a llegar sus amigas. ¿Dónde estarían sus padres?

—La verdad es que no la hemos entendido —decía en aquel momento don Eusebio, en el salón, a su mujer—. ¿Qué hace ahora?

—Está en el mirador.

—Voy a hablar con ella.

—No. La harías llorar de nuevo.

—Al contrario, voy a ver si la tranquilizo. ¡Si creerás que no me doy cuenta...!

—Clemen me ha pedido que la dejemos sola. ¡No vayas a ofenderle! Pero me ha dicho que cuando te ve, siente todavía más ganas de llorar.

—¿Por qué?

—Al fin y al cabo es tu hija. Te quiere y te respeta. Dice que cuando se acuerda de lo que pasó y vuelve a verte con tu chaqué, de un lado para otro, y con las pastas, le entra una angustia que le parece que se va a morir.

—¿Estaba tan ridículo? —preguntó desconcertado don Eusebio.

—No es eso —se apresuró a responderle su mujer—. Al contrario. ¡Habla de ti con un cariño...! No hace otra cosa que recordar su infancia. Me decía que, al ver cómo le gritabas a Roberto, tuvo miedo de que te pegara...

Don Eusebio se quitó los lentes para reír más a sus anchas. ¿Pegarle a él? ¿Quién? ¿Aquel mequetrefe?

Y se fué riendo hacia el balcón. No se atrevió a asomarse, sin embargo, por temor a que le vieran los ve-

cinos. Aun no hacía tanto tiempo del suceso como para que las miradas no estuvieran pendientes de cualquier síntoma de vida de la casa. Miró a la calle, resguardado por las cortinas: las aceras limpias, barridas por la lluvia, le daban un aspecto nuevo. No pasaba nadie a aquella hora. Subía hasta el balcón un fuerte olor a tierra húmeda.

Pensó en su hija. Comprendía muy bien que ya no se casaría. Los pueblos no perdonan fácilmente las anécdotas desairadas. Tienen una memoria cruel. Lo sentía más por la madre, pues su orgullo iba a sufrir de veras. Clemen acabaría por resignarse. Muchos años de soledad convencen a cualquiera.

Miró de nuevo a la calle. No era la misma de aquella mañana ajetreada de la procesión. No pasaba un alma, ni había banderas ni gallardetes tendidos sobre las azoteas. Por el cielo, muy azul, iban unas nubes blancas y lentas a amontonarse sobre las cumbres. La tormenta había pasado. El pueblo entero parecía haber huído de las casas para correr al campo a enterarse de los daños. Silencio y reposo. La calle relucía, bien fregada por la lluvia, con la luz ya oblicua del sol. Don Eusebio recordaba su chaqué, su bandera, la serenata y hasta su propia vida, como tres o cuatro cosas completamente inútiles. Clementina entró en la sala.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó la madre.

—Bien.

—Hablábamos tu padre y yo de que es necesario distraerte. No es cosa de que te pases los días encerrada, dándole siempre vueltas a lo mismo. ¡Así vas a envejecer!

—¿Y qué queréis que haga?

—¡Qué sé yo! ¡No pensar más!

Clemen se sentó en un sillón. Seguía con aquel aire distraído que tanto inquietaba a su madre.

—¿Le quieres mucho... todavía?

—No lo sé —respondió.

Y luego siguió hablando, como si volviese a hacer en voz alta una cuenta interminable:

—Su recuerdo fué para mí, desde el primer día, como un pretexto para no estudiar el piano. Nada más. Me sentaba ante el cuaderno de las escalas cromáticas y tenía otra cosa en qué pensar. También en las visitas, en el momento de peírnarme...

—No te comprendo...

—Pasaron los años —siguió Clemen—. Tanto me había acostumbrado a pensar siempre en lo mismo, que ya no sabía peírnarme pensando en otra cosa. Ni tampoco las visitas sabían hablar sino de nuestras relaciones: que si llevábamos tanto tiempo, que si ya era hora de decidírnos... Del piano olvidé lo que sabía.

Doña Berta lanzó una mirada de alarma a su marido.

—Roberto fué siempre puntual. Al cabo de los años, me sentaba junto a él como ante el piano.

—Lo importante ahora es que le olvides —concluyó, nervioso, don Eusebio.

—No os preocupéis. Yo sabré ser fuerte. Me bastará con veros así, a los dos juntos, como ahora. ¡Sois toda mi vida, la verdadera! Con esa mano —y Clementina señaló la de don Eusebio— aprendí yo a andar, fui a la escuela por primera vez, fui al primer teatro... Podría distinguirla entre todas las manos del mundo con los ojos cerrados, sólo por el calor. Contigo, madre, lo aprendí todo. Me enseñaste a leer, a coser, a resignarme... Vosotros sois lo mío, lo único mío. Lo otro... es mi obligación.

Sonó el timbre de la entrada. Don Eusebio, emocionado, dejó su asiento.

—Ahí están tus amigas —dijo—. Yo me retiro. Ya ves: pueden ser mis nietas y no sabría qué decirles.

—Voy contigo —agregó la madre, que se esforzaba en aparentar una fortaleza moderada—. Y procura disimular. No me gusta verte así. Tú has sido siempre un hombre fuerte, pero desde hace algún tiempo te emocionas por nada.

—Ahora no estoy emocionado —aseguró don Eusebio.

—¿No? Entonces, ¿qué tienes en los ojos?

—Es que he estado leyendo sin gafas toda la tarde.

Los padres salieron del salón y Clementina comprendió que iba a enfrentarse, por primera vez después de la ruptura, con esa cosa esparcida por las calles que se llamaba el mundo.

Para los periódicos que llegaban entonces a San Juan, para el **Blanco y Negro**, por ejemplo, el mundo tenía múltiples representaciones, entre las que destacaban, preferentemente, las calles animadas de Madrid. Pero, para Clemen sólo existían su calle y sus amigas, no por ignorancia de las otras, sino por ese mismo mecanismo que hacía al **Blanco y Negro** prescindir de las demás. El mundo de entonces se resistía a perder sus dimensiones, tan cómodas para sus habitantes. Luchaban en el aire, por ensancharlas, el teléfono y el telégrafo, pero la Humanidad percibía, claramente, que se la invitaba con voces de sirena; no otra cosa eran los etéreos llamamientos a embarcarse en una aventura peligrosa. La vida tenía pequeñas palpitaciones, pero gratas. Fuera de ellas, apenas si existía un espacio incoherente en el que los seres no se entendían. A juzgar por las múltiples noticias, pa-

recían dedicarse a toda suerte de extravagancias: desde la pretensión ridícula de volar, hasta la exaltación desmesurada de los principios físicos. En las tierras meridionales del planeta, tan entregadas a su propia contemplación, el alma tenía mucho que hacer en aquellos primeros años del siglo. Se vivía como en unas largas vacaciones dedicadas a coleccionar recuerdos. Se vivía con tan intensa espiritualidad, que Clementina, al encontrarse ante sus amigas, no supo qué decirles. Tan emocionada estaba.

Eran las últimas amigas que le quedaban. Había conocido, naturalmente, a todas las chicas de San Juan, pero las de su tiempo se fueron casando, poco a poco, y la amistad quedó interrumpida por los hijos y los maridos. De cada boda salió con amigas más jóvenes, a las que pudo acercarse por la común soltería, y ahora no le quedaban sino estas tres para encontrarse definitivamente sola. Detrás de ellas amenazaba ya una nueva generación de quince años.

Las tres besaron a Clemen con efusión.

—¡Qué ganas teníamos de verte!

—¡Todos los días preguntando por ti!

—¡Lo que habrás sufrido!

Se sentaron unidas estrechamente, como si se apresaran a defenderse de un peligro común.

—Yo les decía a éstas al entrar —explicaba una de ellas—: lo que a ti te ha pasado es cosa de novela.

—De novela, no —aseguró otra—. Más raro todavía.

—Cuando me lo contaron, no quise creerlo. ¡Qué asombro!

Clementina miró a las tres amigas, sonriendo.

—¡A saber lo que os habrán contado!

—¡Tú verás! Que estaban tus padres aquí, en esta misma habitación, hablando con la tía de Roberto, y,

cuando esta buena señora decía una de sus frases: "¡Cómo estará de su reuma el señor obispo!", se oyó un grito tuyo. Corrieron todos al interior de la casa y te encontraron medio estrangulada en un diván.

—Veo que no han exagerado mucho —repuso Clement, sin dejar de sonreír—, pero no hubo tal grito ni tal escena.

—¡Ah, entonces no fué que él...! —se oyó que empezaba a decir la más joven, un tanto decepcionada.

—Dime: él te cogió por el cuello, ¿no es eso?

—Sí.

—Y tú, ¿qué sentiste? ¡Sería un momento terrible!

—No me lo recordéis —suplicó Clementina—. ¡Mirad que he pasado muchos días sin poderlo olvidar!

—¡No era para menos!

—Si me llega a pasar a mí —volvió a decir la más habladora—, creo que no hubiese podido dormir en mucho tiempo.

—Yo tampoco he dormido.

—Lo comprendo.

—Pues si a mí me hubiera sucedido —confesó la que había permanecido hasta entonces más callada—, ya se lo habría contado a todo el mundo.

—¿Por qué?

—Pero, ¿no te das cuenta? ¡Un novio que quiere estrangularte! ¡No ha habido otro caso igual!

—¡La verdad es que ha sido un poco extraño...!

—¡Originalísimo! Puedes estar orgullosa.

Las cuatro rieron alegremente, pero Clementina se sorprendió al oír su propia risa.

—No sé cómo me río —dijo.

Y sirvió la merienda.

Había ya anochecido y las sombras de la calle iban

entrando por el balcón abierto a ocupar los sillones vacíos. El salón se poblaba de negros visitantes sin forma, pegados a las paredes.

—Después de tantos años de relaciones —volvió a decir al cabo una de las amigas—, ¡ha debido ser un golpe para ti...!

—Ahora te lo puedo confesar —intervino de nuevo la habladora—: nunca me gustó tu novio.

—A ti no tenía por qué gustarte.

—Le encontraba un no sé qué..., ¡como si estuviera siempre distraído! Tú ya estabas acostumbrada, pero hacía la mar de raro. A veces os pasábais las horas en la Alameda, en el paseo, sin dirigiros la palabra.

—Ya no teníamos nada que decirnos —suspiró Clementina.

—Eso sería. ¿Sabes cómo le llamábamos? “El vampiro del callejón”.

—¡La verdad es que vive en un sitio...! ¡No iría de noche a su casa por nada del mundo!

—Allí piensa abrir su clínica.

—¡Pues, hija, desengáfiate! No tendrá un enfermo. ¡Como no sea de susto...!

Clemen dejó el grupo. Por el balcón abierto entraba un aire templado, cargado de vida, con una mezcla de aromas del campo y de cocinas recién encendidas. Las estrellas llenaban todo el cielo, de horizonte a horizonte, como se ve en el raso de los pueblos, sin más interrupción que el dedo negro de la iglesia.

—¡Pobre Roberto! —dijo sin volverse—. Ya tiene su nombre y su leyenda...

—Perdona si te he molestado...

—¡No, por Dios! No es eso. Fijaos: pasa gente por la calle, pero no se oye ni un ruido. Vivimos como dor-

midos, sin querer despertarnos. Nos miramos unos a otros como fantasmas. Creemos que Roberto es un ser misterioso, porque quisiéramos que lo fuera, porque nos gustaría creer en algo sorprendente. ¡Qué bueno olvidarnos de cómo somos! Pero no os fiéis. Vosotras sois más jóvenes que yo y, sin embargo, ¿os casaréis todas? ¿Recordáis la edad que tengo? ¿No os esperan otros diez años, como los míos, junto a un hombre sin voluntad, que vive en una casa triste porque allí nació, porque allí vivieron sus padres, sus abuelos...? Ni siquiera es la suya. Es una casa alquilada desde hace más de ochenta años.

Las tres amigas se estremecieron.

—Cierra el balcón —dijo una de ellas—. Entra un poco de frío.

Clemen lo cerró, sin dejar de mirar a la calle. Pasaban los fantasmas. ¿No era la sombra de Roberto aquella que ahora entraba sigilosamente en la casa?

VI

La puerta de la sala se abrió bruscamente.

—¡Señorita! —gritó, entrando, la doncella.

—¿Qué hay?

—¡El señorito..., el señorito Roberto!

—¿Qué dices?

—¡Que está ahí, en el recibimiento...! Quiere ver a la señorita. Me ha dado esta carta y este paquete.

Las amigas rodearon a Clemen. Esta, sin ocultar su turbación, abrió el paquete y sacó de él un estuche. Dentro había un collar. Luego leyó la carta, sólo unas palabras: "Para que me perdones."

—¿Para que le perdone? —dijo en voz alta, desconcertada.

—¡A ver, a ver...!

—¡El collar es precioso!

—¡De muy buen gusto!

El desconcierto de Clementina aumentaba por momentos.

—Voy a avisar a mis padres —dijo—. Vuelvo en seguida.

Las amigas quedaron solas. Sin darse cuenta se habían acercado unas a otras, como amparándose de nuevo hasta formar un grupo, de pie, en el centro de la sala. Apenas distinguían los muebles, cubiertos ya por grandes sombras. Brillaban las aguas muertas de los espejos.

—¡Qué suerte!—murmuró una de las amigas, bajando la voz—. Vamos a enterarnos de todo.

—¿No sería lo delicado marcharse?

—No. Hasta que nos echen, no.

—¡Me da pena de Clemen!

—No es una desgracia quedarse soltera.

—¿Crees tú?

Hablaban ya muy juntas, cogiéndose y soltándose las manos para establecer rápidos contactos de energía.

—Salvo que Roberto, a última hora, haya intentado estranglarla...

—...que sus motivos tendría...

—...el novio sigue siendo un gran partido: huérfano, rico, con carrera... ¿Por qué vivirá aquí?

—Ya lo has oído: porque tiene una casa alquilada por siglos.

—Os confieso—volvió a decir la primera voz— que si se marchara a otra parte, a una gran capital, por

ejemplo, no tendría inconveniente en casarme con él.

—¿Después de lo ocurrido?

—No creo que esté loco. ¡Lo hubieran encerrado!

—¡Muy bien dicho! Esa es también mi opinión. Roberto está en su juicio. ¡Lo que le pasó es que estaba harto!

Callaron de pronto las tres. Al otro extremo del salón alguien las espiaba. Miraron con curiosidad. Entre las sombras de la pared se distinguía como otra sombra más densa, inmóvil. Le brillaban dos puntos luminosos que debían ser los ojos. Las muchachas apretaron el grupo.

—Buenas noches—dijo una voz en la oscuridad.

—¡Ay, qué susto nos has dado!

Roberto se acercó despacio.

—¿No sabíais que había venido?

—Sí, lo sabíamos... Pero, ya ves: nos has asustado.

—Como entraste así, de pronto...

—No esperaba encontraros.

Se hizo un nuevo silencio. Roberto se había detenido a unos pasos del grupo. Las tres amigas se le acercaron.

—Hablabamos de ti—dijo la más resuelta—: de ti y de Clementina. No nos poníamos de acuerdo.

—¿Qué discutíais?

—Discutíamos sobre el amor, sobre la vida. Yo defendía a la juventud.

—Yo aseguraba que vivir es lo primero.

—Y yo sostenía que no puede haber amor sin ilusión.

—Lo que me extraña es que discutierais—repuso Roberto—. Cuando la gente habla de esas cosas se pone de acuerdo en seguida.

—Ya veis si es inteligente—exclamó la más joven con entusiasmo.

—¿Qué dices?

—Que eres muy inteligente.

—Gracias.

—¡Si hubieras encontrado una mujer que te comprendiera!

—Clemen es muy buena—aseguró Roberto.

—Pero no te comprende. La prueba es lo que ha pasado.

—¿Habéis hablado con ella?

—Sí.

—¿Qué os ha dicho?

—Nos lo ha contado todo. ¿Fue verdad que quisiste matarla?

Roberto no contestó.

—¡Ya sería menos!

—Y aunque hubiera sido verdad—afirmó de nuevo la más joven—; el amor es así: ¡no me quieres, te mato!

—Pero Clemen me quería.

—¿Estás seguro?

—Me lo decía, al menos.

Las tres amigas le rodearon.

—Todas sabemos decirlo—insinuó la primera.

—Lo difícil es callarlo—murmuró la segunda.

La tercera le apretó una mano.

Pero la entrada de Clementina cortó las confidencias. Encendió las luces. Traía el collar entre los dedos, como un rosario. Miró a sus amigas mientras se lo ponía, lentamente.

—Os agradecería —dijo luego— que nos dejaseis solos. Ya comprenderéis.

—¡Qué pena!—exclamaron las tres a coro—. ¡Nos-
otras que habíamos venido a acompañarte!

Se despidieron de Roberto. Estrecharon su mano fría, sin vida, con un ligero estremecimiento. Besaron a Clemen. Esta fué con ellas hasta la escalera y volvió a entrar en la sala, acompañada ahora de sus padres.

Los señores de Ferro, después de una ligera inclinación de saludo, atravesaron en silencio la estancia y entraron en la salita roja. Se sentaron en el diván antiguo. En la mesa relucían los nácares del álbum.

—De lo ocurrido aquí y sus consecuencias—empezó a decir don Eusebio, una vez sentado—, no es cosa de hablar en estos momentos, aunque ya usted comprenderá...

Su mujer le interrumpió suavemente.

—Aquí tienes—le dijo—tu sillón, tus libros y tus gafas. ¡Para que no digas que las olvidaste!

Después, bajando la voz, agregó:

—Es una entrevista decisiva. Clemen se juega su porvenir.

—¡Eso es lo que me inquieta!

—Pues lee.

—¿Cómo voy a leer con tranquilidad sabiendo que está ahí ese asesino?

Doña Berta había empezado a hacer su punto de media con unas largas agujas. Trabajaba a gran velocidad.

—Haz como yo: no los pierdas de vista—dijo a su marido.

—¿Cómo te las compones?

—¡Pues así! ¿O crees que estoy contando los puntos?

—No vayas a sacarte un ojo.

Clementina y Roberto, entretanto, se habían sen-

tado en el sofá amarillo. De aquel mueble alfonsino, tapizado de damasco, emanaba en cambio como un frescor virginal. Fué el primer rincón de los enamorados. Allí habían cruzado esas primeras palabras sueltas que preceden a los largos coloquios. Hablaban entonces con un diálogo rápido, sin tema definido, sondeándose las almas en una exploración emocionante. El gran espejo, sobre sus cabezas, era como un cielo despejado. Tal poder ascensional tenía aquel sofá amarillo que Clementina voló muy alto en sus tanteos de felicidad. Guardaba hoy, a pesar del tiempo transcurrido, su poder intacto. Roberto tampoco lo resistía.

—Por las mañanas, al despertar—le decía ahora a Clemen—, siento como un vacío... No hago sino dar vueltas por casa. Al llegar la tarde tengo que salir. Voy por las calles, como buscando algo...

—Yo no he salido, en cambio. Me he pasado los días en mi cuarto, sin hacer nada...

—¿Pensando en mí?

—A veces llegué a pensar que te había olvidado. Clementina cerró los ojos. Callaron los dos.

—No oigo una palabra—murmuró don Eusebio, sin levantar la vista del libro.

—Y si hablas—le respondió doña Berta—oiremos menos todavía. Ahora se han callado.

Roberto cogió una mano de Clemen y la apretó dulcemente.

—¿Estás segura?—le preguntó—. Yo recuerdo que me acerqué a ti y te puse las manos en el cuello. Sin darme cuenta, apreté. ¡Sentía una mezcla de desesperación y de deseo!

—Te miré a los ojos y tuve miedo—murmuró ella.

—Pero yo no quería hacerte daño.

—No; querías que te besara. Me mirabas como un loco. Primero me cogiste esta mano. La mordiste aquí, como un perro hambriento. Yo retrocedí entonces hacia la pared. Tú te acercaste. Vi tus manos a la altura de mi cara...

—No era la primera vez que te besaba.

—No, pero nunca te había visto así. Parecías otro hombre: la voz, la mirada.

—¡Mírame!—suplicó Roberto—. Yo soy siempre el mismo.

Clementina abrió los ojos, le miró fijamente y gritó, de pronto, con la voz descompuesta:

—¿Quién eres tú?

La pregunta atravesó la sala. El padre dejó el diván de un salto.

—¿Qué sucede?—preguntó alarmado.

—¡Nada, nada!—respondió Clementina, intentando tranquilizarle con una sonrisa—. He sentido como un mareo...

La madre estaba sobresaltada.

—¡Vamos, hay que calmar esos nervios! ¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias. Ya me siento bien. Perdonadme.

Los padres volvieron a su rincón, no sin cierta resistencia por parte de don Eusebio.

—¡No sé cómo me he contenido!

—Pero si no ha pasado nada—le aseguraba doña Berta, queriendo quitarle importancia al incidente.

—Lo oí muy bien: “¿Quién eres tú?” Eso no se pregunta sin un motivo.

Y abrió de nuevo el libro de un manotazo.

—Perdona—le decía entretanto Clemen a Roberto—. Comprendo que me exalto. ¡Pero he sufrido tanto!

—Yo también.

—Es verdad. Los dos hemos sufrido.

—Por querernos.

—No lo sé. ¿Crees tú realmente que nos hemos querido?

—¡Tantos años de novios!

—Por eso mismo. Hasta ahora no lo había comprendido. Cuando me explicabas lo que era el amor no te creía. Hoy lo veo claro. Si nos hubiéramos casado cuando nos conocimos, podríamos tener ahora un hijo de diez años... ¡El mayor! Pero no fué así. A veces me pregunto: ¿dónde estarán nuestros hijos?

—Ya vendrán—contestó Roberto.

—Vendrán otros, pero no los que hemos perdido. Cuando mi hijo tenga veinte años, ya seré una vieja.

Callaron de nuevo. El reloj marcaba la media hora retrasada con su péndulo lento.

—No vuelves la hoja desde hace diez minutos—murmuró doña Berta.

—Leo despacio—le aclaró su marido.

—¿En qué piensas?

—En tu hermano Rafael.

—¡No debes de tener mucho en qué pensar!

—¿Recuerdas cómo quería a Clemen, de pequeña? El sería lo que sería, pero quería mucho a nuestra hija. ¿Qué habrá sido de él?

—Se habrá muerto.

—¡Dios le haya perdonado!

—Piénsalo—repetía Clementina a su novio—. ¿De verdad quieres casarte?

—No podría vivir sin ti.

—No estás convencido. ¿Y si hicieras un viaje? ¿Si te fueras lejos de aquí?

—Todos los días, al anoecer, saldría de la casa en que viviera, no importa en qué ciudad, y buscaría mi calle, la Alameda, tu casa...

—¡Vendrías todos los días!

—Como ahora, como siempre...

—¡Yo me asomaría a la ventana, como antes de conocerte!

—Yo pasaría frente a tu casa, mirándote muy serio.

—¡Yo tendría diecisiete años! ¡Me sentaría a la mesa con unas ganas de comer el postre!

—Yo no comería pensando en ti.

—Yo pensaría: se llama Roberto.

—¡Clementina!

De lejos, del fondo de la ciudad, llegó de pronto un rumor extraño. Los padres prestaron oído. Parecía desembocar en la propia calle y rodear la casa. En la callejuela del mirador sonaron unos gritos. Luego cesó el rumor y se oyeron unas pisadas. El padre miró por el balcón. Distinguió en la oscuridad una muchedumbre quieta y apretada.

La criada entró precipitadamente en el salón:

—¡Señora...! ¡Señora...!—gritaba, mirando hacia el pasillo, como si la persiguieran.

—¿Qué hay?

—¡Los del casino, los del casino...! ¡Vienen a prender fuego a la casa!

—¿Qué dices?

—Que ya han pasado por la otra calle y tiraron unas piedras. ¡Ahora vienen por aquí!

El padre se dirigió a la doncella, procurando no perder su autoridad:

—Vamos a ver: ¿qué sucede?

—Yo..., la verdad...

—Habla. ¿Qué pasa?

—Pues... pasa, señor — empezó a decir la criada, cortando cada frase con rápidas miradas a Roberto—, que parece ser que en el paseo..., en la Alameda..., uno de esos señoritos del casino ha querido estrangular a su novia... ¡Vamos, en guasa...! ¡Como se ha puesto de moda!

Abajo, en la calle, creció el vocerío...

—¿Pero qué broma de mal gusto es ésta?—balbució don Eusebio.

Roberto salió al balcón. Su aparición fué acogida con grandes vivas. Después se oyó una ovación cerrada.

—¿Eh? ¿Aplauden?—preguntó don Eusebio, tembloroso, llevándose una mano al corazón—. ¡Malvados! No temas, Clemen, aquí estoy yo para defenderte. Ahora verán quién es tu padre.

Dió unos pasos vacilantes y se detuvo junto al reloj. Levantó la cabeza y miró la hora. Sentía confusamente la necesidad de registrar, en un reloj inexacto, aquel impulso heroico que nunca llegaría a realizar.

VII

Porque no hubo, en realidad, necesidad de defender a nadie. La broma, según don Eusebio, de mal gusto, acabó para siempre con la vida de relación de la familia. La eliminó, por decirlo así, del trato social de la ciudad; deshizo definitivamente la boda. Roberto huyó avergonzado, sabe Dios a dónde, y durante meses y meses nadie volvió a tener noticia de los Ferro. La casa permaneció cerrada, día y noche, y cuando empezó a formarse la leyenda que había de hacerla popular, lo cierto es que don Eusebio y los suyos vivían en la capital, en Granda.

Se instalaron en la casa de la Marina, en aquellas alcobas en las que retumbaba el mar. Allí, junto a la orilla, se sentían más escondidos, o, por lo menos, en los límites de sus posibilidades de fuga. Si la gente empujaba más, caerían en las olas; pero era preferible la muerte a aquel bochorno.

No salían jamás durante el día. Sólo al amanecer, a las misas del alba, y en las horas de la noche en que el muelle viejo estaba poco concurrido. Era el único paseo que se permitían. Algún extraviado transeúnte pudo ver pasar a las tres figuras, sacudidas por el viento, y a horas tan desusadas que bien debió sospechar que eran tres almas fugitivas.

Todo lo demás les estuvo vedado, por propia voluntad, durante mucho tiempo. Imaginaban que la isla entera estaba pendiente de sus vidas, y sólo se atrevían a hacer los movimientos indispensables.

¡El muelle viejo de Granda! Largo, desigual, siguiendo la colocación natural de las rocas, sobre las que fué levantado, piedra sobre piedra. Puerto abandonado ya, sin más utilidad que la de proyectar en su vieja farola de madera una luz roja, mortecina, invisible para los navegantes. El mar lo combatía día y noche en las altas mareas de septiembre. Era verdaderamente un espectáculo soberbio: las olas saltaban a gran altura, y la espuma del mar, al romperse, daba a las viejas piedras una gracia de nieve.

Este juego monótono producía a Clementina un gran sosiego. Pronto tuvo sus conocidos entre los grupos de paseantes, más numerosos en aquel mes del año. Algunos la saludaban al pasar. Eran jóvenes desocupados de Granda, pequeños aspirantes a burgueses, siempre a la caza de dotes, atraídos, quizá, por el porte recatado de Clementina.

La miraban con curiosidad. Su misma procedencia de un pueblo del interior aumentaba su prestigio. Mujeres así, de origen campesino, habían hecho la

felicidad de muchos hombres. En los centros agrícolas quedaban únicamente las grandes fortunas. La ciudad estaba esquilmada.

Estos jóvenes despiertos terminaban frecuentemente en el comercio, pero tenían unos veinte años ambiciosos, en lucha tenaz con las ricas herederas.

Clementina agradecía el callado homenaje de los curiosos, sintiéndose un tanto aliviada de sus penas, pero ninguno se atrevió a más. Les imponía el aire señorial, aquella innata elegancia de Clemen, que, al hacer un vacío a su alrededor, dejaba más a la vista su vida inexplicada. Porque en Granca tuvo también su fama y su leyenda. Se la llamo, sin saber por qué, "la viuda".

Vivio la familia muchos meses en la capital, y, si no figuró en otras reuniones que las que organizaban las altas mareas en el muelle, quedaron, en cambio, bien acreditadas sus costumbres sorprendentes. El padre, la madre y la hija desaparecieron un día, sin mas ni más, de la calle de la Marina.

¿A dónde fueron entonces? ¿Qué nuevo lugar de la isla eligieron para ocultar la atrenta? ¿Dónde pudo Clemen recoger, al fin, tanto suspiro en desbandada? Se ignoró durante mucho tiempo. A pocos movió la curiosidad de averiguarlo. Pero, según las más razonables conjeturas, parece ser que la familia Ferro se instaló de nuevo en San Juan.

La casa tendría muchos recuerdos tristes, pero era, al fin y al cabo, la casa, la de siempre. Clementina se encontraba más a gusto entre las góndolas de la sala, al borde de las aguas de papel de las paredes, asomándose furtivamente al mirador por las tardes y sen-ándose por las noches en el diván de sus primeros sueños. Todas estas cosas, más que acompañarla, la separaban por decirlo así del mundo, colocando entre ella y la vida una barrera infranqueable de recuerdos. Allí, en su casa, a solas con sus padres,

encontraba las mil anécdotas menudas que le negaban los demás. Seguía siendo Clementina. Podía tener diez, quince, veinte años, según los días y el humor. Salvaba así un momento difícil de su vida, alocadamente, como los niños que saltan las hogueras.

Pero poco más sabremos de Clementina en mucho tiempo. A partir del segundo regreso a la casa de San Juan, las tres figuras —los padres y la hija— entran definitivamente en el mundo de la leyenda, o, mejor, se colocan a tal distancia de la realidad que será difícil en adelante seguir sus movimientos. El caserón de la calle del Pino, con su viejo balcón de madera, no deja traslucir lo que pasa en el interior. Las ventanas permanecen cerradas, cubiertas ya por el polvo que barre el viento de la calle. De ahora en adelante, “la casa de la Estrangulada” será sólo punto de referencia en el pueblo, y nada más.

VIII

Los años caen sobre la ciudad de San Juan como graves campanadas. Van amontonándose los rezos, las estaciones, los santos. Los rostros envejecen ligeramente porque las primeras arrugas no se ven. Los más viejos ya no se sientan en la Alameda. Nacen muchos niños que nadie oye llorar, pero el diario local lleva la cuenta. Salen muchos muertos de las casas. Gente que se va porque otros vienen. Del caserón de los Ferro salen en un año dos acaúdes.

Vuelve a pasar el viento. Apenas llueve.

Día de la Patrona o de San Pedro Mártir. Voltean las campanas como diez años antes, como diez años después. Termina la tarde y la luz entra por el mirador de Clementina. Clemen ve encenderse las primeras luces del puerto. Le gusta asomarse a aquella hora, con las primeras sombras, para comprobar que no

toda la tierra queda sumida en la oscuridad. Pero hoy no podrá detenerse mucho porque la esperan sus pobres. Es el único día del año en que vuelve a lucir la araña grande del salón.

A poco de morir sus padres, Clemen había establecido la costumbre de dar una limosna extraordinaria el día de la Patrona. Había ocurrido en tiempos un suceso desagradable, momentos antes de salir la procesión. Provocada una riña en el callejón de atrás, entre gente bebida y soliviantada por la fiesta, uno de los borrachos salió de la contienda con una puñalada en el pecho. Sujetándose la sangre con las manos, el herido rodeó la casa, pegándose a las paredes, y fué a apoyarse en el portón de la entrada principal, entornado, como de costumbre. La puerta cedió con el peso, y el desgraciado vino a caer en las mismas losas del zaguán de los Ferro. Allí cayó muerto y quedó el cuerpo toda la mañana, oculto celosamente por orden de la autoridad municipal, cerrada la puerta de la casa, pues se temió por un momento que el suceso pudiera deslucir los festejos.

Clemen recordaba muy bien aquella mañana. La vida de la casa se había corrido hacia las habitaciones del servicio, hacia el mirador de cristales, como para rodear de silencio y de respeto el alma aquella que subía por la escalera. Poco se sabía del muerto. Una de las criadas atisbó el zaguán desde lo alto y volvió con unas noticias vagas: "Se llama Eufrasio y es joven". Clementina pensó en Eufrasio. El cuerpo del desconocido seguía tirado sobre las losas.

Al anoecer se oyeron en el zaguán unas voces y unas fuertes pisadas. Su padre bajó, a requerimientos del juez, y subió de nuevo, muy pálido. No se

voltió a hablar del suceso. Nadie vino tampoco a visitarles en los días siguientes. El maleficio de la casa mantenía ya al pueblo a distancia.

Clementina intentó primero combatirlo con la caridad, pero al vecindario nunca le hizo mucha gracia aquella fila interminable de pordioseros que entristecía la calle del Pino el día de la Patrona. Venían de todos los contornos, atraídos en parte por la generosidad de la limosna y, en parte, también, por el misterio que rodeaba a Clementina. Esta sabía lo que podía esperar de sus paisanos. Aún recordaba el entierro de su padre, tan respetado en otros tiempos. No había asistido ni una sola persona. El féretro se puso en marcha como una araña negra, cogida entre las velas encendidas de los asilados. Así se fué por la calle abajo, pegado a los adoquines, hasta doblar la esquina.

Clementina se apoyó en el mirador. No sabía por qué recordaba todo aquello. Hacía una noche extraña. Una densa bruma velaba todo el campo. Abajo, en el puerto, las luces no brillaban con su parpadeo intermitente, sino que iluminaban aquel rincón lejano de la costa con una claridad cernida, derramada. Arriba, en el cielo, brillaban, en cambio, las estrellas en una atmósfera diáfana, purísima, sin relación con el resto del paisaje, como si la tierra se hubiese desplazado de su órbita para caer en el vacío.

¿Cuánto tiempo estuvo Clemen en el mirador? Debieron de ser sólo unos minutos, pero tuvo la sensación de que había repasado su vida entera, año tras año. Sí, todo había concluido: su juventud, sus padres, las amigas, los paseos de la Alameda, las fiestas de la Patrona, los bailes del casino...

Su padre había muerto hacía ya tiempo. Se le ha-

bían apagado para siempre aquellas miradas furiosas de miope que lanzaba al hablar del pueblo. Su madre murió poco después. Con el fracaso de la boda fracasaron también sus principios, su educación, su manera de ver la vida... No llegó a explicarse nunca por qué una muchacha como Clemen —ella la adornaba, naturalmente, con todas las virtudes— se quedaba para vestir santos. Al principio intentó todas las extravagancias: le quitaba la edad, la vestía de jovencita... ¡Todo fué inútil! Clemen había pasado ya, como decía la gente. Doña Berta, entonces, renunció a salir y se encerró en casa con la hija. Clemen tenía que vestirse cada día con un traje distinto, como si llevara una vida de sociedad muy animada. Esto complacía a doña Berta, que se sentaba en un sillón, muy callada, y miraba fijamente a su hija. Clemen se ponía entonces a hablar, a reír, porque le daba mucha pena que la mirara de esa manera. Pocos días antes de su muerte, doña Berta le dijo con gran dulzura: "No creas que estoy loca. Si te miro tanto es porque cada día te encuentro más guapa."

Clemen seguía con la frente apoyada en los fríos cristales del mirador. ¿Cuáles serían las luces del vapor correo, allá abajo, en el puerto? Con un poco de decisión podría alguna vez hacer un viaje, conocer otras tierras... ¡Quién sabe! Miró la silla del mirador. ¡Qué pequeña era! En ella, sentada, había pasado toda su infancia. Aun le parecía oír la voz de su madre cuando le decía: "¡Clemen, trae la silla, que voy a peinar-te!" Nunca se le había ocurrido pensar, hasta ahora, que podría alguna vez hacer un viaje...

Descubría otras muchas cosas esta noche, como si pusiera más interés que nunca en repasar sus recuerdos. Su padre, por ejemplo, tan débil, tan poca cosa,

según versión materna, qué fuerzas debió de tener, sin embargo, para sostener él solo aquel mundo que se derrumbaba. Le había parecido en algunas ocasiones, incluso, un ser un tanto cómico, sobre todo cuando se empeñaba en compartir, por exceso de paternal cariño, sus sentimientos de mujer. Pero lo cierto era que, desde que él faltaba, se había venido abajo, estrepitosamente, aquel andamiaje del pasado que parecía tan sólido. Con su chaqué, sus lentes y su breve tos de tímido, aquel hombrecito al parecer insignificante sostenía en pie la casa entera con sólo apoyar su mano en las paredes.

Clemen estaba sola, definitivamente sola. Se sentía libre por primera vez.

IX

Dos horas antes de amanecer salió Clemen de su casa. Sintió en la cara el aire de la calle, como el que se sumerge de pronto en el mar por vez primera. Creyó desvanecerse. Se dirigió a la vieja cochera de Sebastián, la única del pueblo. Recordaba una graciosa jardinera, en la que tantas veces había hecho el viaje a Granda, de niña, en compañía de sus padres. Un hombre que dormía al pie de los pesebres, pues la cochera no se cerraba nunca, apenas le contestó. Se limitó a señalarle con un gesto soñoliento las cuerdas vacías. No había coches aquella noche. Estaban todos para el Sur.

—¡Pero yo necesito estar en Granda al amanecer!
—insistió Clemen.

El hombre se encogió de hombros. Clementina, impaciente, lo zarandó hasta despertarle.

—¿No me oye usted?

—Sí, le oigo muy bien—dijo el otro, incorporándose, hasta quedar sentado en el suelo—; pero no hay coches. Ni vendrán hasta Dios sabe cuándo. Parece que está la cigarra por el Sur.

Como confirmando estas palabras, entró por la cochera una bocanada de aire caliente. La atmósfera se hacía irrespirable, acentuando los olores de las cuadras.

Clemen salió a la carretera. Quizá pasara algún coche que la quisiese llevar a la capital. Una vez allí, estaba junto al puerto. El correo saldría al amanecer. Pero la carretera aparecía desierta. No la transitaban siquiera los vendedores del mercado, que bajaban a Granda desde medianoche al paso lento de sus caballerías. Un viento cálido, aún pegado a la tierra, barría la arena de los caminos.

Clemen se sintió de pronto inquieta, con una angustia con la que no había contado. ¿Y si no llegaba a tiempo? ¿Si el barco se iba sin ella? Debía volver a casa, dar órdenes sobre sus maletas, despertar a la criada... ¿Y si pasaba un coche mientras tanto? No debían de ser muchos los que se pusieran en viaje aquella noche. Había que estar alerta.

Empezó a andar ligera, animosa, para alejarse del pueblo y llegar a la altura de los otros cruces. Refrenó, sin embargo, el paso. El viento, por ráfagas espaciadas, le cortaba la respiración, produciéndole ahogos. Se detuvo. Tampoco llegaba nadie por los otros caminos.

Al cabo de unos minutos de nerviosa espera decidió seguir andando. Iría adelante por la carretera. Alguien pasaría. En el coche que fuera podría volver

al pueblo a recoger su equipaje. Lo primero era asegurar el transporte.

Dejó la carretera y tomó un atajo. No sólo acortaba así la distancia, sino que pasaba por una altura desde la que se dominaba más paisaje. Era un camino de lava, ascendente. El viento la obligaba a subir despacio. Pero al llegar a lo alto, las estrellas ya no brillaban y se vió envuelta en sombras tan espesas que no pudo encontrar de nuevo el atajo. Procuró entonces orientarse. A sus espaldas debían de estar las grandes dunas, en las que se levantaba el Lazareto. Recordaba muy bien este edificio en ruinas, viejo y destartalado. Había prestado sus servicios hacia ya muchos años, cuando la última epidemia de peste. Su padre se lo había contado muchas veces. Una mañana, frente al Lazareto, apareció anclado un barco enorme, de esos que nunca fondeaban por el Sur. Estuvo allí varios días, hasta que una noche desapareció. Se hizo un cementerio a toda prisa, pegado a una de las murallas del edificio. Desde el pueblo, en las tardes claras, podían distinguirse con unos simples gemelos unas cuantas crucecitas de madera, torcidas por el viento.

Al correr de los años no quedó nada. Clemen, cuando niña, había ido hasta allí de excursión con otras amigas, y se asomaron por las tapias derruidas con la esperanza de ver cosas sorprendentes. No vieron más que los grandes patios cubiertos por una arena blanca, en la que no había ninguna señal de vida. En el centro se levantaban los antiguos pabellones, sin puertas ni ventanas, sólo animados por los trozos de mar que dejaban ver las hendiduras.

Clemen buscó el atajo, impaciente. ¿Qué hora sería

ya? Desesperada de no encontrarlo se decidió, al fin, a desandar el camino, ahora más de prisa por ganar el tiempo malgastado. Sólo al pisar de nuevo la carretera se sintió tranquila. Tenía que seguir sin detenerse. No volvería a separarse de ella.

Emprendió de nuevo la marcha. Si era preciso, continuaría andando hasta la capital. ¿Qué tiempo tardaría? Ahora subía la cuesta, junto al valle de las higueras, y bordeaba el negro volcán apagado que tanto le asustaba de pequeña... ¿Qué pasaba, Dios mío? Toda la isla parecía abandonada, como si un nuevo cataclismo hubiese ahuyentado a los hombres. ¡Ni un alma por los caminos!

Al coronar la cuesta lo comprendió. Tuvo que tirarse en una cuneta, amparándose tras una roca. Desde allí, desde lo alto, la carretera se precipitaba hacia el mar, corriendo a lo largo de una costa que batía el viento furiosamente. Mientras anduvo por los valles, sólo había sentido el calor que subía de la tierra y un aire pesado que le dificultaba el andar. Pero ahora, frente al mar abierto, el viento de Africa tiraba las olas en los acantilados y cerraba todos los caminos. Grandes remolinos de arena pasaban sobre la isla, velozmente. Bajaba de las cumbres el rodar del viento, que levantaba al chocar en los barrancos un griterío casi humano.

Clemen se pegaba a la roca hundiendo los dedos en la tierra reseca. Le parecía agarrarse así a las entrañas mismas de la isla, que temblaba como sacudida por una fuerza subterránea. Pero no. Era el viento, el viento del Sur, que se metía ahora por los viejos valles, quemados por la lava, y penetraba en las mil quebradas y hendiduras, llenándolas de un clamor.

Le parecía a Clemen, por momentos, que oía distintas voces. Eran gritos inarticulados, rápidos aullidos que se rompían sobre su cabeza. Pasaron a su lado una, dos, tres, cuatro sombras. ¡Qué extraña caravana! Parecían como personas que andaban contra el viento, alejándose por la carretera, hasta perderse en otras sombras. ¡Cuántas se reunían allá abajo, al filo del acantilado, en la raya blanca del mar! Las sombras seguían pasando. Allí iba su padre, capitaneando el grupo de la familia: la tía Aurelia, la madre, aquella hermana que se había muerto sin que la hubiesen siquiera retratado... ¡Tenía que alcanzarles!

Clemen dejó la cuneta e intentó incorporarse. El viento la tiró contra la roca. Se había hecho daño, pero no importaba. Haría un esfuerzo, el que fuese necesario, pero estaría en Granda al amanecer. Consiguió correr un trecho, unos pasos, aprovechando una calma momentánea; pero el vendaval volvió a arrastrarla por la carretera, a la que se agarraba desesperadamente. A su lado pasaba ahora otra sombra. Iba sola, despacio, inclinada hacia la tierra. Sí; era Eufrasio. Lo había reconocido. Se sujetaba el corazón con una mano, tal como había salido de la pelea...

Clemen logró ponerse de rodillas. Aunque fuese arrastrándose llegaría al puerto. Pero sintió de pronto una fuerza sobrehumana que la hizo levantarse. Por la raya del mar amanecía. Una claridad difusa, cruzada por negros desgarrones, rompía poco a poco las aguas y las nubes. ¡Tenía que correr, que correr mucho...! Dentro de unos minutos, al salir el sol, el barco llevaría anclas con el mar ya tranquilo. El vendaval cedía. Empezaban, en cambio, a caer sobre

la isla las primeras ráfagas de arena que cegaban a Clemen en su carrera... Tropezaba, caía, volvía a levantarse para caer de nuevo. Con la cabeza inclinada, Clementina corría hacia el mar. ¡Ya estaba ahí, en aquel recodo, junto al túnel...! Llegó jadeante. Vió a lo lejos la bahía con las primeras claridades del amanecer. La lluvia seca del desierto le quemaba los labios. Quiso respirar y no pudo. Dió un último tropezón y cayó al borde del acantilado. Quedó como mirando hacia el puerto. Los ojos abiertos, ya sin vida, se llenaron rápidamente de arena.

F I N

Elixir Estomacal
SAIZ DE CARLOS

Indicaciones: Dolor de estómago, acidez, dispepsia, vómitos, diarreas en niños y adultos, dilatación y úlcera de estómago, tónica, ayuda a las digestiones y abre el apetito.

WATERBURY

PC 3 5 1936

ESTOMAGO

INTESTINOS

S E M A N A

la revista española más conocida en el extranjero.

S E M A N A

que aumenta sus páginas y no su precio.

S E M A N A

que no deja de informar a sus lectores de todo cuanto pasa en España y fuera de ella.

S E M A N A

la revista que se mantiene siete días en manos de sus lectores.

Redacción y Administración:

PASEO ONESIMO REDONDO, 26.

Teléfonos: 22 28 90 - 22 28 97 - 22 28 98.

Se admiten suscripciones y encargos:

Teléfono 22 42 90.



LORD BYRON

...hubiese sido un cliente de

GALERIAS PRECIADOS

TEATRO

REVISTA INTERNACIONAL DE LA ESCENA

LA PRIMERA
REVISTA TEATRAL
DEL MUNDO

Cada mes, un volumen de 80 páginas con el texto íntegro de una comedia, crónicas de todo el mundo, colaboraciones exclusivas, reproducciones a todo color, etc.

Precio del ejemplar: 30 pesetas.

Pedidos y suscripciones:

EDICIONES ALFIL — Peligros, 4. Madrid.

GRAN MUNDO

**LA MAS LUJOSA
DE LAS REVISTAS ESPAÑOLAS**

**Dirigida por
AGUSTIN DE FIGUEROA**

PRECIO DEL EJEMPLAR: 30 PESETAS



PEDIDOS A ESPEJO, NUM. 6. MADRID

PARA SUSCRIBIRSE A
"LA NOVELA DEL
SABADO"

EN

Bilbao.	Granada.
Burgos.	Huesca.
Cartagena.	Jaén.
Castellón de la Plana.	Jerez de la Frontera.
Ceuta.	La Coruña.
Ciudad Real.	La Línea.
Córdoba.	Las Palmas.
Cuenca.	León.
El Ferrol del Caudillo	Lérida.
Elche.	Logroño.
Gerona.	Málaga.
Gijón.	Melilla.

o en cualesquiera de las plazas en
tiene sucursal el

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

podrá usted
con destino

8

BANCO